

Caos sistémico global y políticas de postdesarrollo en América Latina²

Global Systemic Chaos and Post-Development Policies in Latin America
Caos sistémico global e políticas de postdesarrollo em América Latina

Resumen

Nuestra sociedad actual permite vislumbrar que se desarrollan sin freno no solo las fuerzas productivas, sino también las ‘destructivas’, de modo que nos enfrentamos a una serie de ‘límites ecológicos’ que amenazan la reproducción de la biosfera. En este artículo, reflexionamos sobre el escenario incierto que dibuja el agotamiento de los combustibles fósiles, el cambio ambiental global y la actual disputa económica entre países y corporaciones globales, marco en el que América Latina debe repensar la concepción del desarrollo, en pro de elaborar nuevas estrategias, tanto desde la política pública como desde la sociedad civil, para enfrentar los peligros que acechan el siglo XXI.

Palabras clave: América Latina, posdesarrollo, antropoceno, energía, caos sistémico.

Recibido: 17 de agosto, evaluado: 9 de octubre, aprobado: 20 de octubre

- 1 Investigador Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) de Argentina; historiador por la Universidad de Buenos Aires (UBA), Master en Sociología de la Cultura por la Universidad Nacional de San Martín, Doctor en Ciencias Sociales por la UBA y en Geopolítica por París VIII. Integra el Instituto de Estudios sobre América Latina y el Caribe (UBA) y la Cátedra de Historia de América Latina Contemporánea (Facultad de Filosofía y Letras-UBA). Correo electrónico: bfornillo@gmail.com
- 2 El presente trabajo es una reelaboración, actualización y ampliación de las conclusiones del libro titulado *Sudamérica futuro. China global, transición energética y posdesarrollo* (Fornillo, 2016).

Abstract

In contemporary society, we witness the uncontrollable development of both productive and “destructive” forces. Therefore, we cope with a number of “environmental edges” endangering the reproduction of the biosphere. This paper presents a reflection on the uncertain scenario derived from the depletion of fossil fuels, the global environmental change and the current economic struggle between nations and global corporations. In this context, Latin America must re-think the conception of development, so that public policy and civil society come up with new strategies to deal with the dangers that lurk the twentieth century.

Keywords: Latin America, post-development, the Anthropocene, energy, systemic chaos

Resumo

Nossa sociedade atual permite vislumbrar que se desenvolvem sem travão não só as forças produtivas, senão também as ‘destrutivas’, de jeito que enfrentamos-nos a uma série de ‘limites ecológicos’ que ameaçam a reprodução da biosfera. Neste artigo reflexiona-se sobre o cenário incerto que desenha o esgotamento dos combustíveis fósseis, a mudança ambiental global e a atual disputa econômica entre países e corporações globais, marco no que América Latina deve repensar a concepção do desenvolvimento, em pró de elaborar novas estratégias, tanto desde a política pública como desde a sociedade civil, para enfrentar os perigos que espreitam no século XXI.

Palavras-chave: América Latina, pós-desenvolvimento, antropoceno, energia, caos sistêmico.

El “corto siglo xx” —al decir de Eric Hobsbawm (1998)— indudablemente estuvo marcado por la contradicción entre capital y trabajo. Así lo designa el historiador inglés cuando fecha el comienzo del siglo pasado con aquel acontecimiento disruptivo que fue la Revolución Rusa —de la que nos separan ya más de cien años— y lo cierra con la caída de la misma Unión Soviética en 1989. Que esa tensión entre capital y trabajo marcó a fuego el devenir del siglo xx no es una presunción exclusiva de un historiador progresista como Hobsbawm; el mismo Maynard Keynes no hizo más que considerar su dinámica al ‘inventar’ el ‘Estado benefactor’, y sin dudas también a ella refería Alain Badiou (2005) cuando afirmó que el siglo xx se definía en esencia por su ‘pasión por lo real’.

Nada permite presumir que esa tensión no sigue operando por lo bajo en nuestros días, pero sí es indudable que hoy se ha hecho visible una nueva condición contemporánea, aquella donde el capital se enfrenta de manera directa a la naturaleza. En efecto, la realidad contemporánea presenta una serie de signos que parecen anunciar una mutación de las líneas maestras que determinan nuestro presente. Intentamos aquí dar cuenta de esas mutaciones medulares, las cuales, creemos, están indisolublemente ligadas a debatir la interrelación entre la finitud de los combustibles fósiles, las consecuencias del cambio ambiental global y las disputas entre países dominantes y corporaciones globales. Una primera parte del escrito se aboca a pensar el modo en que se despliega esta tensión entre el capital y la naturaleza. Las condiciones globales que describiremos obligan a repensar el papel que cumple América Latina en el concierto de las naciones, y muy particularmente a rediseñar los modos como se ha considerado el desarrollo. A su vez, son transformaciones de gran alcance que impactan sobre el modo como concebimos las políticas emancipatorias. A estas problemáticas se dedica la segunda parte del artículo. Al concluir, acercamos algunas palabras finales que sintetizan lo trabajado en el conjunto del escrito.

La triple contradicción del capital y el evento seguro

Desde su nacimiento a fines del siglo xviii, el capitalismo extrae el nervio de su fuerza de vivir en crisis, impulsar el caos, incitar a la tan mentada ‘destrucción creativa’. En una competencia sin límites, cada empresa capitalista busca perfeccionarse, y así mutan constantemente los medios de producción; la consecuencia es el desarrollo de las fuerzas productivas en una temporalidad que permanentemente está dejando de ser. Del mismo modo que el capital no puede parar de innovar, tampoco puede evitar satisfacerse del ‘trabajo vivo’. Comprensiblemente, precisa del factor humano para lanzar incontables mercancías al mundo, de aquí que siempre vaya en búsqueda de lo que China ofreció: un ejército infinito de trabajadores a precio módico. Pero incluso nuestras sociedades se organizan de un modo tal que aprovechan al máximo sus condiciones externas o naturales de producción, formando una espiral con el ambiente que se utiliza y deteriora, por lo cual crece su valor y aumenta el riesgo de su destrucción. Un especialista en ofrecer los consumos más conspicuos del planeta aseguraba que el verdadero lujo consistiría en tomar agua realmente pura.

Tenemos, pues, tres tensiones irresolubles: entre el capital y las fuerzas productivas; entre el capital y la fuerza de trabajo; entre el capital y la naturaleza, y sobre cada una de ellas se desprenden diferentes tendencias a futuro. Quienes vaticinaron el fin supusieron que felizmente el capitalismo perecería por un desarrollo tan descomunal que llevaría a socializar los medios de producción o lo haría por acción de quienes sufren la opresión, es decir, caería por su propio peso o por la acción colectiva de la mayoría que lo padece. Lo que tiempo atrás no era posible vislumbrar es que el caos sistémico que acompaña el andar del capital se dirige a destruir sus condiciones de existencia, poniendo en riesgo el conjunto de la biosfera. Ciertamente, su lógica íntima no deja de impulsar el desarrollo de las ‘fuerzas destructivas’, que obliga a toparnos tanto con un límite de los *inputs* (agotamiento de recursos) como de los *outputs* (saturación y

alteración de los sumideros planetarios) (Gorz, 2008). En el juego de estas tensiones, donde la separación naturaleza-cultura, que está en la base de la modernidad, parece tocar su techo, restará ver si la destrucción creativa puede alumbrar nuevas tecnologías que eviten el colapso ambiental, si el 'estado global' hace las veces de garante de las condiciones de producción y le evita al capital el destino que por sí mismo no deja de buscar, o si los movimientos sociales conquistan la 'reapropiación social de la naturaleza' (Leff, 2004).

Por lo pronto, nada parece indicar que alguno de estos derroteros cuente con la fuerza suficiente. Hay quienes confían que el tránsito benéfico hacia un nuevo tipo de desarrollo deberá llegar tarde o temprano, pero no falta quien asegure que el capitalismo no va a fenecer cuando la pasión por el crecimiento se vuelva insustentable, sino que va a derivar los costos a los más débiles, obtener ganancias en su circuito financiero (bonos catástrofe, mercados de carbono, derivados de la naturaleza, hipotecas ambientales) y a militarizar todo lo que sea preciso —lo cual, dicho sea de paso, tampoco está tan lejos del fin— (Keucheyan, 2016). En este sentido, podríamos decir que la contradicción entre el capital y la naturaleza sobredetermina la coyuntura actual, es decir —siguiendo a Althusser—, que se vuelve dominante sin ser fundamental. En otras palabras, los 'límites ecológicos' trazan las 'condiciones de existencia' sobre los cuales se desenvuelve nuestra actualidad y su contradicción fundamental, aunque no sean ella (Althusser, 1967, p. 167).

Ciertamente, la expansión del capital se efectiviza en una serie de macrotendencias palpables. En principio, sobresalen las consecuencias que depara el cambio ambiental global. La cantidad total de la actividad humana es una 'nueva fuerza geológica' en el planeta, hecho denominado, por el premio Nobel de Química, Paul Crutzen, la *Era del antropoceno*. Es precisamente esta inédita capacidad del ser humano de dominar y modificar radicalmente la naturaleza lo que lleva a socavar las mismas condiciones de existencia de los seres vivos,

absolutamente interdependientes en términos ecológicos. Según la Red Huella Global, el planeta ya no se reproduce puesto que no basta con él para reponer lo que se extrae, y a este paso para 2050 requeriremos algo más de dos planetas². Durante millones de años, la emisión de CO² se mantuvo en 280ppm y en 1958, cuando se empezó a medir, estaba en 316ppm. En 1998 se superó el límite de los 350ppm y a principios de 2016 la barrera de los 400ppm había sido superada. Existe un consenso acerca de la absoluta necesidad de que la emisión de CO² no supere los 450ppm porque sería el máximo tolerable; de ahí en más la temperatura global sobrepasaría el aumento de 2°C y gestaría un futuro dislocado. La quema de combustible fósil —principal responsable de las emisiones— debería haber comenzado a descender a partir del año 2015, pero eso no ocurrió y nadie proyecta que aminore. Por supuesto, no estamos motivados por desplegar la narrativa de tono apocalíptico que acompaña casi toda mención al cambio ambiental, pero permítanos preguntar: ¿puede alguien calcular las consecuencias del derretimiento de los glaciares de la meseta tibetana en la que se origina la mitad del agua potable del 40% de la población mundial? En Sudamérica: ilustremos que el hermoso y segundo lago de Bolivia, el Poopó, en tres años se ha desvanecido en el aire a causa de la utilización de agua para la agricultura intensiva, la minería y la radiación solar, entre otros tantos ejemplos que es ocioso enumerar.

Claro está, detrás de este colapso ecológico-social se halla la tracción incansable de la energía fósil, responsable del 56% de las emisiones de efecto invernadero, de mares de residuos plásticos, pero también del fetichismo del desarrollo imparables. El Consejo Mundial de Energía (CME) en el año 2013 estimó que las reservas totales de petróleo son de doscientos veintitrés mil millones de toneladas y doscientos nueve billones de metros cúbicos de gas, de modo que se agotarán en cuarenta y nueve años a la tasa de consumo actual (CME, 2013). Para la Agencia Internacional de Energía, en el año 2030 el consumo aumentará cerca del 50% y en

2 Véase: www.footprintnetwork.org

este lapso menor ya habremos lanzado las 1.400 gigatoneladas de dióxido de carbono que habría que emanar durante todo el siglo XXI. Se necesitarán seis Arabia Saudita por entonces, lo cual abre las ‘faucetas del petróleo’ entre la curvatura ascendente del demandado y la descendente del efectivamente explotable (desde la crisis energética de los años setenta a la actualidad el consumo global aumentó en torno al 70%). De ahí que Gerardo Honty (2013) apunte que el tipo de crecimiento que persigue el planeta no resulta insustentable, sino que es directamente imposible. Acotemos que el 99% de la existencia humana estuvo próxima al estado estacionario, pero en trescientos años la población mundial se ha sextuplicado y la población urbana se ha multiplicado por más de cincuenta. Para el 2030 se proyecta que estaremos en un mundo de ocho mil millones de personas —mil millones más que en la actualidad—, en un espacio que ya está ‘lleno’ (y no debería esperarse una baja generalizada en la tasa de natalidad, China eliminó la política del hijo único porque no tendrá quien sostenga el aumento de la esperanza de vida y debido a que la cantidad de habitantes es un índice de su fuerza).

Ahora bien, nuestra experiencia vital en la sociedad contemporánea está soportada en el flujo hidrocarbúrico de principio a fin: el poder fósil de 12 Tetravatts desatados en el año 2005 empaquetados en los 0,5 Tetravatts de la fuerza conjunta de los siete mil millones de seres humanos. Más palpable: una casa suele disponer del ‘empuje’ de cien individuos, un auto de dos mil y una mercancía que viaja entre los océanos para satisfacer nuestro consumo en torno a los seis mil hombres, que representan el trabajo invisible de los ‘esclavos energéticos’. Sin este ‘empuje fósil’ mantener el tipo de vida actual solo sería posible para una ciudad del tamaño de Londres, mientras que todo el resto de la humanidad debería trabajar para ella. Por si fuera poco, en comparación con lo que posibilita, la energía es barata, con apenas dos dólares es posible desplazarse en auto cerca de quince kilómetros (que, increíblemente, utiliza solo el 1% de la energía de la nafta para mover al conductor) (Salminen & Vaden, 2015). No olvidemos que, en rigor, la transferencia del valor a las mercancías por la vía

del capital constante debe mucho a la energía fósil dado que ‘facilita’ el trabajo humano. Así las cosas, son claras las consecuencias que acarrearán la constante disminución y el final agotamiento del ‘oro negro’. Nótese la trascendencia de este número: cada veinticuatro horas se consumen en el mundo ochenta y cinco millones de barriles de petróleo, ¿alguien puede pensar que esto podría durar mucho tiempo? (Ramírez, 2015; Sans Rovira, 2014).

En efecto, la totalidad del planeta se ha sumido en un desarrollo interminable asentado sobre un flujo energético fósil al que le queda aproximadamente medio siglo de vida. Hay que mencionar, sí, que las energías no convencionales podrían estirar algunas décadas este límite físico. Sin embargo, la savia que hace viable la sociedad industrial ha comenzado a regirse por la simple ley de rendimientos decrecientes: hay menos petróleo, de peor calidad, de más difícil acceso, con mayores peligros ambientales de extracción, una menor tasa de retorno energético, más caro, etc. Los hidrocarburos no convencionales —y la técnica del *fracking* requerida para extraerlos—, es el síntoma del *Peak oil*, no su solución. Pero existe otro inconveniente, el petróleo no tiene fácil sustituto, por su alta densidad energética, de fácil manejo y transporte, posee una multiplicidad de usos potenciales, y no tiene parangón en la agricultura industrializada y la movilidad motorizada global (por carretera, mar y aire). Se estima que restan cerca de cien años de carbón, que actualmente es la principal fuente de producción de electricidad, pero es poco dúctil, la energía primaria más contaminante y apenas provee un tercio de la densidad energética del ‘oro negro’, es decir, no posee la ‘calidad’ necesaria para reemplazarlo (Kerschner, Bermejo & Arto, 2010). En este sentido, vale mencionar que en los últimos treinta años de expansión del capitalismo global puede haberse perdido la capacidad de respuesta de una transición posfósil no traumática (entre otras cosas, los hidrocarburos son un importante subsidio energético para conseguir otras fuentes de energía, sumado a que sirven para extraer y transportar todos los productos). Todavía está en veremos si es posible modificar radicalmente la matriz, sin que ese proceso sea ‘traumático’:

algunos dicen que ya es demasiado tarde, debido a que no utilizamos la potencia de la energía fósil que resta para instalar una estructura renovada (Fernández Durán, s. f.); otros plantean ‘límites a las renovables’, dado que tampoco contamos con infinitos minerales que faciliten desentendernos del problema por siempre (Honty, 2014); y los hay, por último, quienes afirman que inundar de renovables la matriz es el único intento posible (IPCC, 2012).

Si interrelacionamos estas dos derivas, nos encontramos frente a lo que, en términos lógicos, podríamos llamar un *evento seguro* o una *ecuación insoluble*: de no agotarse el combustible fósil, nuestro mundo se topa con riesgos socio-ecológicos que lo empujan a su límite, pero de agotarse el combustible fósil alcanzamos un límite similar, dado que la energía fósil —más del 80% del total global— es la savia de nuestra sociedad contemporánea, de modo que nada de lo que conocemos seguirá siendo igual, porque aun si reemplazáramos rápidamente las fuentes fósiles por renovables, los niveles de utilización de energía nunca podrán ser los mismos. El corolario es nítido: de no agotarse la energía fósil, el modo de vida contemporáneo encontrará un límite a causa de la ‘destrucción destructiva’ que propicia; pero, de agotarse, llegamos a un límite similar. Es por ello que ha comenzado la época de la ‘gran aceleración’ al interior de un mundo sumido en una ‘gran transformación’, dado que transitamos el tiempo de los ‘límites ecológicos’ que dibujan el larvado declive de la sociedad contemporánea. La ‘cuarta generación’ que transita nuestra época de ‘aceleración’ del cambio ambiental global es la que deberá lidiar, de aquí al año 2030, con la decisión sobre qué es lo que finalmente puede suceder (Dalby, 2010). Si se quisiera señalar un escenario en que aminoren las derivas lineales de esta situación, que es, por lo demás, clara, casi matemática, no podría dejar de esperarse el advenimiento de tensiones crecientes. Sea como fuese, lo que resulta innegable es que nada va a ser como lo es hoy, y que ahora sí, por fuera de toda poética, lo sólido se va desvanecer en el aire, tal como aseguraba Marx.

¿Por qué la humanidad se encamina hacia un callejón sin salida? En principio, la expansión del capitalismo y de la combustión fósil son dos hechos indisolubles (de aquí que se hable en verdad de ‘capitaloceno’ o de ‘oligoceno’, ya que son unos pocos países centrales los históricos responsables de la degradación del planeta) (Bonneuil & Fressoz, 2013). Nuestras sociedades se organizan de un modo tal que obligan a los agentes económicos a competir entre sí, y como consecuencia expresan al máximo sus condiciones externas o naturales de producción; por tanto, el ambiente se utiliza y deteriora sin freno, tensión que ha sido denominada *Segunda contradicción del capital* (O’Connor, 2001). En rigor, la lógica íntima del capital no deja de impulsar el desarrollo de las ‘fuerzas destructivas’ —en palabras de André Gorz—, que lleva a toparnos tanto con un límite de los *inputs* (agotamiento de recursos) como de los *outputs* (saturación y alteración de los sumideros planetarios) (Bonneuil & Fressoz, 2013; Gorz, 2008; O’Connor, 2001). Valdría, entonces, preguntarse: ¿No hay modo de apaciguar esta contradicción entre el capital y la naturaleza, creando una suerte de ‘keynesianismo verde’? En este punto, es preciso advertir que estamos envueltos en una confrontación interimperial entre el Asia en ascenso y las potencias atlánticas, más específicamente entre China y Estados Unidos, de modo que los intereses nacionales, la búsqueda de poder global, el destino de las grandes corporaciones y la carrera por el desarrollo parecen más relevantes que encontrar una salida global a este callejón sin salida. En definitiva, nos enfrentamos a una retroalimentación que no para de acelerarse: la dinámica caótica desatada por el cambio ambiental global y el límite estructural de los combustibles fósiles son variables que avanzan sin freno a causa de la lógica expansiva del capital, que a su vez se reproduce sin obstáculos en medio de la competencia entre corporaciones y países dominantes. Así las cosas, el crecimiento desmesurado, la utilización indiscriminada de energía fósil, el ecocidio que pesa sobre la biósfera no parecería menguar en el futuro próximo (Fornillo, 2016).

Este paisaje es una consecuencia directa del tipo de desarrollo ilimitado que impulsan nuestras

sociedades. La Unión Soviética compartía con Occidente la suposición de un camino al bienestar sobre la base del crecimiento económico y material, aunque opusiese una fundamentación ideológico-política diferente. Hoy, el Gigante asiático no deja de asumir el ‘sueño chino’ de la modernización, sin escatimar esfuerzos por apropiarse vorazmente de los recursos que soporten su estatus de gran potencia, para así retomar la armónica centralidad que le pertenecería por derecho. La relación entre búsqueda de poder global, seguridad nacional y política exterior de los países centrales lleva a reforzar los patrones dependentistas, a agudizar los escenarios reseñados y a profundizar las incertidumbres. La multipolarización del planeta rediseña el marco de alianzas globales, al tiempo que promete un porvenir de potencial inestabilidad, en la medida en que no existe un *hegemon* garante de x tipo de orden, y las múltiples rispideces militares —en nada menores— del último tiempo no hacen más que confirmarlo. Sobre estas derivas, la necesidad intrínseca de crecimiento y acumulación constante impone una suerte de huida hacia adelante. El cuadro de situación presentado —en el que los organismos internacionales de gobernanza tienen cada vez menos relevancia— desemboca en que los propios países dominantes vislumbran un escenario de ‘inseguridad ambiental’, de ‘escasez de recursos’, de alcance del ‘pico del petróleo’ (*peak oil*) y de los recursos en general (*peak all*) y, por tanto, encaran una política exterior agresiva destinada a protegerse, tanto a nivel de estados nacionales como de bloques regionales. Esta penetración imperial no es nueva, pero sí lo es la forma como se realiza, porque lo hace en un contexto renovado. En cierta medida, se avizora un futuro del capitalismo marcado por la ramificación de las corporaciones globales, pero, también, vinculado al accionar de bloques regionales, Estados fuertes sumidos en una competencia y rivalidad directa por mercados y recursos. Son estas las variables generales que trazan un límite de estructura que ha sido llamado de diverso modo: *crisis civilizacional*, *crisis global multidimensional*, *crisis energética*, *colapso ecológico*, *quiebra del capitalismo global*,

ecocidio, *caos sistémico*, *colapso de las sociedades complejas*, *largo declive de la civilización industrial*³.

América Latina futuro: estrategias de posdesarrollo

Sudamérica está compelida a brindar una respuesta a esta problemática de escala global. Las condiciones generales combinadas auguran serios peligros, al tiempo que ahogan las estrategias de futuro autónomas de nuestras sociedades. El subcontinente posee reservas cuantiosas de minerales, agua dulce, tierras fértiles, biodiversidad, bosques y selvas; pero adolece de una división internacional del trabajo que lo sitúa en los inicios de las cadenas productivas, mientras recibe mercancías terminadas. La situación es paradójica: cuenta con una plataforma natural propicia para enfrentar los cambios que se avecinan y, así, responder al buen vivir de su población, pero los países centrales fuerzan a la reprimarización y el extractivismo, amén de su externalización de los costos ambientales, condenando así a una neodependencia cuya contracara es la transferencia de las consecuencias negativas del cambio ambiental global a los países con mayores desventajas estructurales. De hecho, no habrá que esperar para recibir las viejas industrias intensivas en energía, trabajo y costos ambientales. Es una dificultad obviamente arrastrada por políticas públicas y condiciones locales; incluso el ciclo expansivo basado en la venta de *commodities* que transitó la región hasta el año 2008 no logró alimentar una plataforma que evite a la pujanza productiva de China, por ejemplo, socavar los perfiles industriales y la tan ansiada articulación de las cadenas productivas regionales. De este modo, el Sur global se topa con los extremos críticos del circuito productivo: provisión de recursos al inicio y sumidero de residuos al final, tal como acontece en la recolonizada África.

En esta fluidez, los senderos no son evidentes, los resultados no son lineales, las variables mutan; por tanto, es imprescindible diseñar las coordenadas de lo que será el futuro, para luego orientarse

3 Véase Bartra, 2009; Bilbao, 2013; Fernández Durán, s. f.; Lander, 2009; Leff, 2004; O'Connor, 2001; Raskin, 2006, y Tainter, 1988.

por otra imagen acerca de lo que se quiere en él. Los bloques regionales, los grandes Estados y el capital transnacional ya están abocados a esta tarea mientras planifican las condiciones para moldearlo. Los países centrales apuntan, en general, a controlar los mercados de futuro situándose en la vanguardia de la articulación entre desarrollo, ecología e innovación, y allí se dirigen cuando promueven una industria de la energía eólica o solar que los lleve a liderar la transición energética, muy notorio en el caso de China. En este marco, donde el capital fuerza a la pura virtualidad del presente, sin una estrategia política hacia el futuro, no hay manera de arribar a sociedades más autónomas e igualitarias.

Ahora bien, toquemos tres dimensiones que consideramos claves y hacen a la capacidad de respuesta y a la posibilidad de gestar un perfil de desarrollo autónomo: integración, distribución y posdesarrollo. Pese al impulso inicial que tuvieron las iniciativas integradoras, es indudable que el subcontinente se encuentra fragmentado. Una mirada histórica ofrece por resultado un relajamiento ostensible de la capacidad de injerencia norteamericana, faceta imperial dominante durante el entero siglo xx; hecho que ha quedado plasmado en la constitución de la Unión de Naciones del Sur, organización de naturaleza fundamentalmente política. Empero, de un lado de la cordillera de los Andes se despliegan las economías que, bajo el influjo estadounidense, miran hacia el nuevo núcleo de poder mundial, el área del Pacífico. Del otro lado, se yergue el Mercado Común del Sur en procura de niveles de autonomía mayores que sus vecinos, aunque desmembrado y dependiente del mercado global. No son menores los vaivenes de los que adolece el Mercosur en su proyecto de integración, mientras que los países del Pacífico, además de mirar hacia Estados Unidos, dirigen sus lazos hacia China (tornando los límites entre los distintos proyectos de integración por lo demás difusos). Incluso, puede darse la ‘inesperada’ situación de que los países que miran al Pacífico se sumen al área de libre comercio propiciada por el Gigante asiático, el Foro de Cooperación Económica de Asia Pacífico, desestimando el peso que Estados Unidos quisiera ejercer sobre ellos. En

suma, Sudamérica se presenta inusualmente unida, pero también parcelada y sumida a dinámicas externas. Desde el empuje inicial a la integración, atemperado por un Brasil que prefirió verse parte de las ‘ligas globales’, se ha abierto una nueva etapa en la cual la mayor independencia regional se trastoca por una subordinación atomizada a las dinámicas que promueven las economías centrales. Por el contrario, gran parte de los dilemas aquí presentados hallan una vía de solución en un entorno sudamericano como forma de ubicarse en las turbulencias ajenas y, antes que nada, como base primera para diseñar el abanico de necesidades comunes por entrelazar localmente. De algún modo, intentamos subrayar la necesidad de una suerte de geopolítica del Sur, que tendrá que avizorar una fusión orgánica y estratégica entre las esferas del ambiente, la política emancipatoria y el posdesarrollo, con miras a desplegar un regionalismo autónomo.

Es indudable que el desarrollismo en América Latina ha sido un paradigma que ha intentado reflexionar acerca del modo como la región podía insertarse positivamente en una economía global que le deparaba un lugar menor, pero también que fue parte de ese mundo que hoy habría que abandonar. Así como tampoco es preciso apelar rápidamente a la dependencia como clave para pensar los obstáculos reales al desarrollo, porque sería como volver al inicio del problema, amén de que ha sido recurrente remitir a los ‘condicionantes externos’ en vez de cimentar las potencialidades locales. Es claro que mencionando esta rareza no postulamos que haya que negar todo rasgo moderno de nuestras sociedades, empresa además impracticable; pero sí es preciso trastocar el fin que lo guía. No cabe duda de que en un futuro cercano determinados recursos naturales tendrán un carácter cada vez más estratégico, sea el agua, los bosques, las tierras fértiles o el litio. Sin embargo, lo cierto es que aprovechar su valor dependerá, en un rango variable, del perfil científico-técnico-industrial que se adose a ellos. En este sentido, se trata de discernir si se apuesta por un modelo de desarrollo ilimitado que los convierta en puro *commodity* y, de este modo, atente contra su

propia reproducción, o se articulen a un modelo que privilegie el bienestar y la igualdad colectiva, la incorporación tecnológica y la sustentabilidad fuerte. Lejos estamos del tiempo en que la 'sustitución de importaciones' se abocaba a consolidar la industria pesada (siderurgia, petróleo, química) para entonces ir ascendiendo en la cadena de valor. No se trata de estrechar las brechas tecnológicas, pensar en el crecimiento y en la inserción en el mercado externo (un regionalismo 'abierto'), de burlar la restricción externa de divisas, maximizar las inversiones loables, progresar materialmente, paliar los costos sociales y ambientales, conformar una burguesía nacional que, como atiende Zavaleta (1986, p. 224), finalmente 'es como creer en ella'. Y, evidentemente, la visión contemporánea de un 'capitalismo verde' o de un 'desarrollo sustentable' son falsos paliativos dispuestos para continuar reproduciendo la dominación, los riesgos y sus causas.

Asumimos que el desarrollo, tal como se ha concebido hasta hoy, requiere reinventarse. De aquí que la ecología política postule que es necesario apuntar menos a los desarrollos alternativos —ajustes, paliativos parciales, ideas débiles de sustentabilidad— que a las 'alternativas al desarrollo', un cambio radical (GPTAD, 2011). A causa de ello, sería un falso dilema suponer que transformar nuestro perfil primario reniega del crecimiento económico; por el contrario, impone otro tipo de crecimiento, que en los hechos garantiza el bienestar de las nuevas generaciones, no condena a la extracción —que más temprano que tarde será también un obstáculo económico—, genera nuevas fuerzas vivas ligadas a trabajos intensivos en conocimiento, mano de obra, derrames virtuosos, opta por la accesibilidad y el uso de los bienes —no por su propiedad y medida de consumo—. Sin duda, se trata de incorporarse selectivamente en cadenas de valor globales, con el propósito de ampliar los márgenes de desarrollo endógeno y autocentrado, trazando 'fronteras tecnológicas locales', pero fundamentalmente realizarlo a partir de la pregunta por las necesidades reales de nuestras sociedades; de aquí que Aldo Ferrer (2015) haya mencionado que era necesario encarar la 'sustitución de futuro'.

Llegados a este punto, es obvio que las dificultades, obstáculos y limitaciones son muchos y de muy diversa índole, y justamente por ello es la política, en sentido fuerte, la que tendrá la última respuesta.

Es preciso subrayar que Sudamérica inventó una nueva narrativa emancipatoria como producto del ciclo político originario, andino y plebeyo, que ha quedado plasmada en las constituciones de Bolivia y Ecuador, en la que se trataría de apostar por un buen vivir, a distancia de la modernidad consumista. Las vías que aquí tratamos bien quisieran ser solidarias al despliegue de esta nueva gramática política. Es preciso desechar los axiomas del 'crecimiento' soportados en el aumento del PBI, para adoptar un enfoque de poscrecimiento que valore las actividades humanas en relación a su contribución al bienestar (Unceta, 2014). Una lógica de posdesarrollo comporta una estrategia de desmercantilización (reducir la esfera del mercado), desmaterialización (menor flujo de energía y materiales) y de descentralización (disminución y descentralización de la escala productiva); en el marco de una 'ecologización de las relaciones sociales' (Leff, 2004). La axiomática que postula la transición al buen vivir, imagen proyectiva de cuño andino y matriz comunitaria, convoca a trazar una nueva relación entre la naturaleza y la sociedad, apela a la autonomía y la igualdad, apuesta por un posdesarrollo endógeno y biocentrado, llama a mixturar lo mejor de la izquierda anticapitalista y el indianismo, es decir, diseña un marco para pensar a futuro. El debate, en un punto, es tan profundo como sencillo: ¿Qué tipo de posdesarrollo tenemos la capacidad de crear?

En este punto, una línea estratégica central en las condiciones reseñadas consiste en apostar, por ejemplo, al despliegue de una transición energética sobre la base de las fuerzas locales y regionales. Más temprano que tarde, las matrices energéticas deberán incorporar generación renovable de electricidad en niveles crecientes, de las cuales Sudamérica posee inagotables capacidades de aprovechamiento. En términos concretos, las transformaciones que acarrea la transición energética operan en diferentes esferas, supone combatir

las consecuencias negativas del cambio climático y aumentar los niveles de ahorro y eficiencia energética; pero también conlleva una decidida apuesta a los perfiles industriales nacionales, a la igualación e innovación tecnológica local, a la transformación y actualización de la infraestructura energética que hace de base a cualquier país. Más aún, modificar el patrón energético supone una modificación radical de nuestra idea de consumo, de nuestra experiencia y cultura atada al fetichismo del petróleo, es decir, a la idea de energía infinita, para recrear de manera radical nuestra vinculación con la naturaleza, en una común biosfera.

Pero tampoco queda aquí: es preciso apuntar decididamente a acrecentar las esferas de igualdad, modificando el sistema energético, descentralizarlo, desmercantilizarlo para tornarlo muchísimo más democrático, comunitario y autogestionado. En este sentido, la transición energética puja por el destino de la renta futura y contra la neodependencia que busca reestablecer las asimetrías Norte-Sur, situándose en la base de las estrategias de posdesarrollo, de soberanía energética y buen vivir. Claro está, la transición energética deberá soportarse en el desarrollo de una 'industria verde' local y pública, y sobre esa base pujar para fomentar la producción ciudadana y el autoconsumo, para lo cual las nuevas tecnologías energéticas (solar y eólica fundamentalmente) son absolutamente propicias.

Uno de los principales obstáculos para reorientar los modelos de desarrollo regionales, pero también una palanca clave de su chance, estriba en el alcance de las políticas distributivas y en el destino que asume la riqueza colectiva. La situación en la que nos encontramos tiende a ser delicada, puesto que los gobiernos progresistas de la región no han alcanzado a superar dilemas históricos: debilidad de la integración y autonomía regional; paupérrima distribución de la riqueza; carencia de un entramado productivo robusto; rezagos en innovación, ciencia y tecnología; debilidad en los servicios sociales; amplios índices de

pobreza; ausencia de modelos de desarrollo claros y al compás de nuestro tiempo, entre otros perfiles generales que llaman a su transformación. Y, claro está, la restauración conservadora en ciernes agrava la situación.

Hemos tratado de sostener que el problema no es el crecimiento sino el tipo de desarrollo y que esta orientación es un problema político. Ya se sabe, pero vale repetirlo: el drama de América del Sur no es el crecimiento, sino la redistribución, puesto que existe riqueza para poder diseñar de manera inteligente el porvenir que queremos. Es falso que haya que crecer para que los pobres salgan de la pobreza; hay que, cuando menos, redistribuir la misma riqueza que los pobres han generado. América Latina y el Caribe siguen siendo la región más desigual del mundo, palmo a palmo con África subsahariana. Datos del Banco Mundial actualizados en diciembre de 2015 ofrecen un ranking claro: entre los catorce países más desiguales del mundo figuran Honduras (6), Colombia (7), Brasil (8), Guatemala (9), Panamá (10) y Chile (14)⁴. Entre los años 2010 y 2014, por cada cien unidades monetarias que percibió el 40% más pobre de la población latinoamericana, el 10% más rico contó con mil cuatrocientas unidades monetarias. En este último año, pese a la mejora de los indicadores, seguían existiendo ciento sesenta y siete millones de personas en situación de pobreza (28% de la población) y setenta y un millones en indigencia (12%). Brasil, el mayor motor económico regional y séptimo PBI mundial, al tiempo que logró que cuarenta millones de brasileños dejaran la pobreza, aumentó la desigualdad: en 2006, el 5% más rico retenía el 40% de los ingresos totales y en el año 2012 obtenía el 44%, y estos números alcanzarían niveles abismales si se contara toda la riqueza no declarada en un país con una evasión fiscal que tiende a rondar el 14%, bajo estimaciones optimistas (Panorama social de América Latina, CEPAL, 2016). Debido a este panorama es que nuestros planteos no se tocan con ninguna esfera utópica, entendemos que en todo caso reclaman un elemental compromiso de

4 Banco Mundial (Estadísticas). <https://datos.bancomundial.org/indicador/SI.POV.GINI?view=map>

decencia. En definitiva, los países de América del Sur aún lidian con la ‘querrela del excedente’: no falta riqueza, sucede que está mal distribuida, mal utilizada, externalizada, extranjerizada, concentrada, corrompida y no elegimos colectivamente para qué usarla.

En este marco, no habrá más que observar la constitución de aquello que Gramsci interpreta como estado ético-político, definido por su sustancia ética, expresión de la totalidad orgánica de un pueblo, atado a la voluntad colectiva subalterna, en contraposición a la mentalidad mercantilista, contractualista e individualista que separa la economía de la política, lo público de lo privado, la sociedad civil del Estado. Indudablemente, en el diagrama problemático que hemos delineado, la dimensión nacional-estatal y el contorno regional cumplen un papel saliente, pero ello carece de espesor si no es el correlato de una sociedad en movimiento. Las temáticas reseñadas conciernen tanto a la instauración de un estado nuevo como a la acción colectiva de los movimientos sociales. Sin un Estado ético, sin una integración fuerte, será difícil trazar una geopolítica propia frente a los bloques y países dominantes —China incluido—, generar un plan energético de escala o producir nuevos caminos de desarrollo robustos. Pero, sin la movilización de la sociedad, esos Estados no surgirán, no tendrán sentido ni valor, no habrá pulso político real. Resulta obvio que, si aquí nos inclinamos a mirar con cuidado algunas aristas de la tensión entre el capital y la naturaleza, no minusvaloramos la primera contradicción de capital; antes bien: afirmamos que hoy están íntimamente entrelazadas, también para liberarse. Al fin y al cabo, nada de esto vale si no circula en la vida colectiva subalterna.

Palabras finales

Los últimos doscientos años han representado un oasis en la historia de la humanidad: en este pequeño lapso hemos consumido la energía solar que durante millones de años se acumuló en el petróleo, el gas y el carbón. La finitud de los combustibles fósiles advierte sobre el larvado pero seguro desenlace de nuestra sociedad, tal cual hoy la conocemos. Se

abre así una incertidumbre a futuro que habrá que contrarrestar de manera lenta y persistente, haciendo lugar a una geopolítica del Sur y afianzando las narrativas políticas de los movimientos sociales que construyen otro mundo posible. Indudablemente, si la militarización planetaria es visible en un contexto de relativa abundancia, todo indica que se agudizará en uno de escasez. Por entonces, nada mejor que una Sudamérica autónoma, integrada y encaminada en un desarrollo novedoso capaz de hacer frente al colapso de las sociedades complejas. Nada indica que nos dirijamos en esta dirección de manera firme, pero se presenta como un camino que habrá que tomar tarde o temprano, y que es preciso empezar a transitar.

El automático andar de las ‘fuerzas destructivas’ del capital tiene por condición la competencia global entre Estados dominantes y corporaciones globales, base de la expoliación interminable sobre el conjunto de la vida planetaria. Sin embargo, puede que los problemas últimos no dejen de remitir a motivos ideológicos, a una visión extendida del mundo, a nuestro cemento cotidiano. Ciertamente, el consumo suntuario se ha imbricado de manera determinante en la subjetividad contemporánea, al punto de que existe un anudamiento entre consumo, bienes materiales, deseo, goce, prestigio y poder, de una solidez tal que las prácticas que se dirigen deliberadamente a contramano tienen una existencia débil, etérea. Quizás una tarea no menor consista en crear una idea de bienestar cuya virtud consista en aunar el buen vivir, la sustentabilidad fuerte y la autonomía política.

No conocemos, todavía, la capacidad de adaptación de la especie ante condiciones de colapso, pero la inventiva social y el compromiso ante la visibilidad del fin puede que dé pie a salidas necesariamente creativas (Fernández Durán, s. f.). Bueno sería invertir las preocupaciones y situar en el centro de la escena a la igualdad social y al bienestar en un sentido amplio. Hay muchos nombres que convocan a la invención política y aguardan el despliegue de sus fuerzas: ecosocialismo, biocentrismo, posdesarrollo, reapropiación social de

la naturaleza, transiciones al buen vivir, una nueva idea de vida, es decir, un horizonte político emancipatorio soportado en una renovada sinergia entre movilización social y Estado. Al tiempo que nuestras condiciones asoman a un porvenir sombrío, también representan una oportunidad. La multipolarización planetaria, la crisis energética y el cambio ambiental global pueden servir para encarar una transición energética radical, generar una política singular —y no imitativa— hacia los recursos naturales estratégicos, incitar a una Sudamérica autónoma y alumbrar modelos creativos de posdesarrollo. En los hechos, el futuro no deja de abrir una fisura para anticipar las vías menos felices y apostar por el bien común.

Bibliografía

- Althusser, L. (1967). *La revolución teórica de Marx*. México: Siglo XXI.
- Badiou, A. (2005). *El siglo*. Buenos Aires: Manantial.
- Bartra, A. (2009). La gran crisis. *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, 15(2), 191-202.
- Bilbao, P. (2013). Geopolítica, Peak Oil, Recursos Finitos y Colapso Global. *Contexto & educación*, 28(89), 199-236.
- CEPAL (2016). *Panorama social de América Latina. 2015*. Santiago: Naciones Unidas.
- Consejo Mundial de Energía. (2013). *Recursos Energéticos Globales*. Recuperado de www.worldenergy.org
- Fernández Durán, R. (s. f.). *La quiebra del capitalismo global: 2000-2030*. Recuperado de www.ecologistasenaccion.org
- Ferrer, A. (2015). *La economía argentina en el siglo XXI*. Buenos Aires, Argentina: Capital intelectual.
- Gorz, A. (2008). *Crítica de la razón productivista*. Madrid, España: La Catarata.
- Grupo Permanente de Trabajo sobre Alternativas al Desarrollo (GPTAD). (2011). *Más allá del desarrollo*. Fundación Rosa Luxemburg, Ecuador. Recuperado de www.rosalux.org.ec
- Hobsbawm, E. (1998). *Historia del siglo XX*. Barcelona, España: Crítica.
- Honty, G. (2013). Energía en las transiciones. En Ma. E. Hidalgo & J. Elbers (eds.) *Ecuador: ¿Estamos en transición hacia un país pospetrolero?* CEDA, Ecuador. Recuperado de www.energiasur.com
- Kerschner, C., Bermejo, R., & Arto, I. (2010). Petróleo y carbón: del cenit del petróleo al cenit del carbón. *Ecología Política*, (39). Recuperado de <http://www.ecologiapolitica.info/?p=4682>
- Keucheyan, R. (2016). *La naturaleza es un campo de batalla*. Madrid, España: Capital intelectual.
- Lander, E. (2009). Estamos viviendo una profunda crisis civilizatoria. *Aportes*, BUAP, 15(41), 197-200.
- Leff, E. (2004). *Racionalidad ambiental*. México: Siglo XXI.
- O'Connor, J. (2001). *Causas naturales. Ensayos de marxismo ecológico*. México: Siglo XXI.
- Ramírez Mordan, F. (2015). *Estado actual y efecto financiero del stock de reservas y los descubrimientos mundiales de petróleo* (Tesis inédita de maestría). UCM-UPV-UdV-UdCLaM, España.
- Raskin, P. et al. (2006). *La gran transición: La promesa y la atracción del futuro*. Santiago de Chile: CEPAL-SIE-GSG.
- Sans Rovira, R. (2014). *La transición energética del Siglo XXI. El colapso es evitable*. Barcelona, España: Octaedro.
- Tainter, J. (1988). *The collapse of complex societies*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Unceta, K. (2014). Posrecimiento, desmercantilización y “buen vivir”. *Nueva Sociedad*, (252), 136-152. Recuperado de <http://nuso.org/articulo/posrecimiento-desmercantilizacion-y-buen-vivir/>
- Zavaleta Mercado, R. (1986). *Lo nacional-popular en Bolivia*. México: Siglo XXI.